

ANTIGONA

Hace mucho tiempo que estaba yo convencido de la posibilidad de recrear escénicamente ante un público moderno las grandes obras de las "humanidades" clásicas. Las amaba lo suficientemente para sentir todo el atractivo de su pasión y su belleza, y mi amor era lo suficiente lego e irresponsable para no sentir todos los obstáculos y temores que delante de "lo griego" puede acumular la erudición.

Esta fabricó, en el pasado, sucesivamente y por épocas, unos "griegos" unilaterales y convencionales que necesariamente se distanciaban de nosotros y se rodeaban de fosos y setos de espinos infranqueables para los simples poetas. El griego "sereno y clásico" de Winckelman, que, si acaso, corresponde al tipo sèctario del "estoico"; el griego blando y esteticista de Wilde o Louys, que en todo caso se acerca al "graeculus" de la decadencia; el griego bárbaro del doctor Johnson, que creía que el público a que se dirigía Demóstenes era parecidísimo al de un motín de cargadores en el muelle del Támesis; el griego atildado del Viaje de Anacharsis, del abate Barthelemy, eran todos griegos mutilados y parciales que, por tiesos unos, por carnosos otros, hacían desistir a cualquier poeta de un intento de acercarse a un mundo que se le presentaba tan diferencial, lejano, intraducible...

.....

La Antígona que yo he escrito ha sido inspirada por la persuasión de que la sustancia estética y emocional de la tragedia griega se podría hacer llegar al público —al "gran público", como se dice en lenguaje teatral— tanto más intacta cuanto con más desenvoltura y libetas se manipularan su mecanismo teatral y sus instrumentos de expresión. Creí que ante un público de España —tierra también de sol y de olivos— la línea argumental, el movimiento pasional y el fondo ideológico de la gran tragedia griega podían conservar toda su validez de un modo absoluto y directo, sin más que reformar la manera de transmitir todo ello. Creí que no era necesario ante nuestro público acudir, para tolerar una Antígona, a recursos más heroicos, como esos empleados en otros países, de su reelaboración humorística con Creontes de pantalón y chaqueta.

.....

Creo, de un modo genérico, que dentro del plan histórico de la Providencia, así como hay una "promesa" judía, preparatoria del advenimiento de Cristo, frente al "pueblo elegido" —la Promesa de los Profetas y las Figuras—, hay también una cierta "promesa" clásica o grecorromana frente al otro "pueblo elegido"; frente al otro fragmento de civilización y humanidad que había de cooperar a la síntesis definitiva —judeorromana— del Catolicismo. Esta segunda promesa es la de las Sibilas, la de la égloga cuarta de Virgilio, la de las adivinaciones trinitarias de Platón, la de las anticipaciones éticas del Pórtico. Dentro de esta línea precristiana está todo lo que del clasicismo queda de más válido y transmisible para nuestros públicos, entre ellos ese esquema elemental de acción, pasiones y pensamientos que se funden en esa caliente y adorable figura que llamamos Antígona.

Esta es la Antígona que yo traje a las tablas del teatro Español. La que, más o menos desprendida, acaso, de su esquema inicial, ha tenido para varias generaciones occidentales y cristianas eficacias poéticas y atractivos humanos. La Antígona precristiana, mártir, libre, enamorada: amada por las almas sencillas.

.....

La belleza de Antígona es como un anticipo crepuscular de la de aquella conmovedora hija de Tomás Moro, Margarita, que al ser su padre decapitado por orden del tirano Enrique VIII, corrió, desafiando todos los riesgos, a recoger y amortajar el cadáver abandonado por sus verdugos. "Deseó Margarita —dice el Padre Rivadeneyra contando el apisodio— enterrar a su padre decentemente, porque supo que el cuerpo de Rofense había sido arrojado sin clérigo, sin cruz y sin una sábana, y que no había habido quien osase enterrarle, por la tiranía del Rey..., y cumplió la obligación que al padre y al santo mártir se debía". Esto, sin más complicaciones, que el Padre Rivadeneyra juzgó digno de recordación en la hija de Tomás Moro, es lo que nos conmueve y atrae en la hija de Edipo. Trasladar, sin desperdicio, eso, al público de hoy, ha sido mi preocupación y mi faena.

.....

Sentado ese objetivo como fundamental en mi labor, todo se reducía a encontrar aquella factura externa que menos entorpeciera su transmisión y menos alejara del público su contacto.

.....

Al primer fin va encaminada la abreviación de parlamentos y la mayor movilidad de diálogos; la sustitución de los muchos fragmentos argumentales que en Sófocles se cuentan o narran por episodios de acción escritos y dialogados de nuevo; y el tratamiento del "coro" como personaje teatral.

.....

Instrumentalmente las intervenciones del coro han sido resueltas distribuyendo sus palabras cortadas en fragmentos breves de uno o pocos versos, entre las varias figuras que en su conjunto componen el coro. La pluralidad de elementos en la masa coral, por ese sentido amplio y vecinal que le fué dado, permitió una mayor flexibilidad en sus intervenciones, que, libres de todo hieratismo, eran repartidas, según el matiz de cada frase, entre los ancianos, las muchachas, los hombres y las mujeres que la constituían.

.....

De este modo, "el coro", sin dejar de ser el pueblo de Tebas, tan vivo y actuante como en la comedia de Lope sea el pueblo de Fuenteovejuna, tuvo la suficiente unidad y dignidad, como para aprovechar — si bien acortado y en esquema— los tres himnos inmortales de la obra griega: el himno solar de la victoria, la exaltación del amor y la consideración filosófica de los trabajos y sucesos de los hombres.

.....

Escribí todas las partes esenciales de la obra en el insustituible y reposado endecasílabo libre, unido, en nuestro idioma, por tantas resonancias y evocaciones, a la traducción de los clásicos grecorromanos. Sólo para un fragmento —la plegaria coral del último acto— escogí el armonioso sáfico adónico, y para algún otro, sobre todo para el diálogo central del juicio de Antígona, reservé el romance heroico como homenaje a nuestros buenos y honrados neoclásicos del XVIII. Con aquellas escenas, como la de los soldados y centinelas, donde el tono desciende deliberadamente hasta raseros populares y casi humorísticos.

.....

Sófocles peleó en la batalla de Salamina, y por su excelente comportamiento fué nombrado general o estratega. Aquella victoria, decía Eça de Queiroz, comentando la resurrección de Antígona en París, "nos salvó a todos nosotros, hombres de raza aria, de ser aún hoy orientales y tal vez persas". El poeta de la Antígona forma un solo bloque con el general de Salamina. Cada vez que Antígona sigue muriendo en los escenarios por la supremacía de las leyes eternas sobre los decretos de los tiranos, Sófocles sigue ganando la gran batalla de la civilización occidental.

Fragmentos de la introducción escrita por D. José María Pemán con motivo de la publicación de "Antígona" por ARBOR del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.